

E.P. Thompson y las identidades como clausura

XAVIER DOMÈNECH SAMPERE

En el momento de la muerte de Edward Palmer Thompson en 1993 fue reconocido como uno de los historiadores más importantes del siglo XX (de hecho, en ese momento era el más citado entre los hijos e hijas de la casta de Clío). Pero, en ese reconocimiento, recorría en sus obituarios más una celebración de su obra en clave de pasado que no de futuro.

A pesar de la publicación en 1991 de *Costumbres en Común*,¹ Thompson llevaba una década fuera de la historiografía. Su compromiso político y social como uno de los principales portavoces del movimiento pacifista europeo que buscaba acabar con la lógica exterminista de la Guerra Fría lo había alejado del debate académico. Se trataba no solo de salvar el pasado, sino sobre todo de hacer posible un futuro para la humanidad. En este camino llegó a ser el personaje más popular de Gran Bretaña, solo por debajo de Margaret Thatcher y la reina Isabel II. Pero mientras esto sucedía, en el marco de la historia social académica anglosajona se producía una mutación sustancial por la que se abandonaba la misma idea de una realidad fuera de cualquier construcción lingüística. En esta modificación Thompson podía ser visto a veces como un “precursor”, en la medida que en su análisis sobre los sujetos colectivos había introducido de forma central la dimensión cultural, pero a la vez se le consideraba demasiado apegado a la “vieja” historia social, a la existencia de una “realidad material”.

Mientras esto acaecía en el campo analítico, también la muerte de Thompson se produjo en el mismo inicio de un cambio de época político (en realidad lo uno y lo otro está profundamente interconectado). En los

¹ Edward P. Thompson, *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona, 1995.

noventa la Guerra Fría tocaba a su fin, como así lo hacían también las luchas en las que había estado inmerso E.P. Thompson. En este cambio de época no solo se acabó con todo un mundo, sino que se produjeron también desconexiones tanto teóricas como políticas en las que se perdió parte de un acervo común, una forma de mirar la realidad, que aún nos es necesario.

En el caso de Thompson, ese legado político es inabarcable en estas páginas. Existe en este sentido un Thompson pacifista, que intentó entender la lógica global del exterminio para poderlo combatir, de la misma forma que existe un Thompson marxista y aun otro republicano, entre muchos otros posibles. Pero, entre todos esos posibles caminos, el texto que aquí presentamos nos habla de la temprana conciencia que tomó a principios de los ochenta sobre un tema que en su momento podía parecer marginal y que en nuestra propia contemporaneidad ha devenido en central: la omnipresencia de la identidad como el alfa y el omega de la acción política.

La época de las identidades

Cada nuevo presente relee sus legados a partir de su propia experiencia, con nuevas preguntas que los iluminan de formas a veces completamente diferentes, viendo entonces cosas que nunca antes se nos habían mostrado. En este sentido, de la misma manera que el pasado explica el presente, también el presente explica el pasado en una relación que no puede describirse de otra forma que de dialéctica. Pero siendo esto cierto, también lo es que las sucesivas lecturas de cada década sedimentan nuestras interpretaciones sobre lo que fue, deformando nuestra mirada hasta puntos que se hacen irreconocibles en la confrontación con el legado original. Algo de ello sucede con la obra de E.P. Thompson.

Justo cuando nuestro historiador fenecía en la década de los noventa se empezaba a difundir al conjunto social la preminencia del problema de las identidades. Había algo de lógica de época en ello. La utopía neoliberal del capitalismo tardío tomó una forma en la que la globalización cambiaba el centro de gravedad de los Estados-nación hacia una nueva cultura que se quería global y transnacional, congruentemente con la “libertad” global de los flujos económicos. En este marco, de forma ambivalente, este nuevo proyecto global en su faz “progresista” pretendía “liberar” las identidades subalternas, aunque no todas, encapsulándolas, mercan-

tizándolas y marcándolas, esos sí, con un sesgo de clase. A su vez, la resistencia hacia este proyecto neoliberal, tanto progresista como conservadora, tomaba la forma de vindicación de los lazos primordiales y las identidades. Emerge entonces la centralidad de las identidades, y de las políticas de identidad, entendidas como espacios de refugio, liberación o reacción. Esa lógica permitió ciertamente que floreciera aquello que se quería homogéneo e hizo emerger nuevas agendas reivindicativas en los movimientos sociales. Las identidades de género, las sexualidades, las étnicas o nacionales, entre muchas otras, se convirtieron en el centro del debate, transformado el conjunto el paisaje político.

En el proceso, incluso Thompson fue interpretado, y en cierto sentido encapsulado, básicamente como un historiador de la identidad obrera. La clase era ahora una construcción discursiva sin relación alguna con realidades extralingüísticas,² que podía y debía ser vista no tanto como un sujeto con agencia propia sino como una forma de identidad. Ciertamente la obra de Thompson no reivindicaba esto, y en ello “fallaba” según las nuevas miradas, pero en la medida que era una de las máximas expresiones del estudio de la clase obrera, era, y debía ser, una obra sobre su identidad. Lo expresaba mejor que nadie J.W. Scott:

En la descripción de Thompson, la clase es finalmente una identidad con raíces en relaciones estructurales que preexisten a la política. Lo que esto oscurece es el contradictorio y cuestionado proceso por el cual la clase misma fue conceptualizada, y por el cual diferentes tipos de posiciones del sujeto fueron asignadas, sentidas, cuestionadas o aceptadas (...) el problema que Thompson buscaba atender no está realmente resuelto. La “experiencia” de la clase trabajadora es ahora el fundamento ontológico de la identidad, la política y la historia.³

Todo ello, siguiendo a Scott, desde la concepción de que la historia «ya no trata más de las cosas que les ocurrieron a las mujeres y a los hombres, ni de la forma en que estos reaccionaron; al contrario, trata de cómo se han construido las significaciones subjetivas y colectivas de hombres y mujeres vistos como categorías de identidad».⁴ Una interpretación que ponía en el centro la “categoría de identidad” en la que también era atrapada la propia obra de Thompson. Él era ahora básicamente un historiador de la identidad en una época en la que difícilmente se podía ser otra cosa. Pero, como él mismo decía, se trata de rescatar a los sujetos

² Gareth Stedman Jones, *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, Siglo XXI, Madrid, p. 103.

³ Joan W. Scott, «Evidence of Experience», *Critical Inquiry*, vol.17, núm. 4, 1991, pp. 773-797.

⁴ Joan W. Scott, *Género e Historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 2008, p. 25.

del pasado de “la enorme condescendencia de la posteridad” y en el proceso, salvar sus propias palabras. En ellas, Thompson afirmaba que:

La clase es una formación social y cultural (que a menudo encuentra expresión institucional) que no se puede definir de forma abstracta, o aislada, sino solo en términos de relación con otras clases; y, por último, solo se puede definir en el medio *temporal*, a saber, acción y reacción, cambio y conflicto. (...) la *clase-como-identidad* es una metáfora, provechosa a veces al describir un flujo de relación (...). En general, es fácil establecer polos sociales opuestos alrededor de los cuales se congregan las alianzas de clase: aquí el *rentista*, allí el obrero industrial. Pero en tamaño y fuerzas estos grupos siempre están en ascendencia o en declive, su conciencia de identidad de clase es incandescente o apenas visible, sus instituciones son agresivas o simplemente se mantienen por costumbre; mientras en medio están esos grupos sociales amorfos y siempre cambiantes entre los cuales la línea se traza y retraza con respecto a su polarización de esa forma o de otra (...). La política es a menudo eso: ¿cómo acontecerá la clase?, ¿dónde se trazará la línea? Y su trazado no es una cuestión de voluntad (...), sino el resultado de mecanismos políticos y culturales. Reducir una clase a una identidad es olvidar dónde reside exactamente la *facultad de actuar*, no en la clase sino en los hombres.⁵

Y es que el hecho es que Thompson no fue nunca un historiador de la identidad. Para él las clases sociales, los sujetos colectivos, son agentes que se construyen en las polaridades sociales y que admiten varias posibles identidades que, además, no son un elemento unívoco para explicarlos. Todo lo cual no significa que no estuviera preocupado por el creciente protagonismo de las identidades y sus consecuencias políticas.

Más allá de las identidades

El texto que presentamos aquí, como introducción a su recopilación de textos políticos de los años setenta, expresa precisamente la preocupación que le generaba los albores de la época de la centralidad de las identidades. Una preocupación marcada por el hecho de que, al poner en el centro de la reivindicación política y social las identidades, la capacidad de generar sujetos colectivos quedase fragmentada en diferencias insuperables. Un proceso donde la medida de la legitimidad política frente a otros fuera no la capacidad de actuar, sino una vindicación

⁵ Edward P. Thompson, *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos*, Centro Francisco Tomas y Valiente, Valencia, 2022, p. 103.

unívocamente victimaría que fuera deslegitimándolos a unos frente a los otros (siempre hay una historia de sufrimiento más intensa que la del que está justo al lado).

Una situación que, para Thompson, generaba la sucesiva debilidad de sujetos cada vez más pequeños convertidos en inermes ante la reacción. Frente a ello reclamaba que, sin perder sus principios, estas culturas alternativas se centrasen más en su capacidad de generar alianzas y actuar con vocación de mayorías que en la propia vindicación única de la identidad. En los años ochenta estas reflexiones podían sorprender, ahora son más actuales que nunca.

Xavier Domènech Sampere es profesor de Historia de la Universidad Autónoma de Barcelona.